

Cantik, la ranita del arrozal

Es muy posible que pensemos que nuestra vida es insignificante si la ponemos en el contexto de la historia y la amplitud de la humanidad. Hay tantos y tantos millones de personas en el pasado, en el presente y probablemente en el futuro del mundo, qué no es tonto pensar si hace alguna diferencia el que existamos o no... Para empeorar el sentimiento de absurdo y de pequeñez, se nos vienen a la mente grandes proezas, imperios u obras titánicas como las de Napoleón, Ramsés o el mismo Alejandro Magno para ser relevantes, pero podemos estar muy equivocados. Quizás lo que le pasó a Cantik, una pequeña rana balinés nos pueda ayudar a entender mejor de qué se trata todo esto de nacer, vivir y morir...

Cantik la ranita, no recordaba cuándo su familia se había movido a estas tierras lejanas y alucinantes de Bali. Decían algunos que había sido escapando de una hambruna, otros buscando mejores horizontes, pero todos coincidían que había sido para buscar un lugar más sabio y lindo para vivir. Los antiguos parajes donde los antepasados de Cantik habían nacido, se había vuelto una locura de codicia, apuro sin razón, infelicidad y desconfianza entre todas las ranas y habitantes de ese valle.

Pero esta ranita, no sabía de estos conflictos antiguos y disfrutaba de los arrozales donde vivía a sus anchas. Lo que más le gustaba era el color de las pequeñas varillas de arroz que era una mezcla perfecta entre el amarillo y el verde, parecido al color de los pistachos que tanto le encantaban. Por eso cuando se miraba en el espejo que se formaba en las terrazas de agua y veía que su piel era del mismo color, se sentía muy orgullosa y feliz. Ella pertenecía al arrozal con cuerpo y espíritu. Su pasatiempo favorito era saltar de un piso a otro llevando los fertilizantes pegados en sus patitas. Veía que siempre había que mover el barro donde se plantaba y su esfuerzo ayudaba a los campesinos del lugar. Así también le gustaba asustar a las garzas con un croar divertido imitando a los patos; las albas aves dignas como princesas de un palacio, no alcanzaban a enojarse con ella, pero se llevaban un buen tiempo lavando sus patas flacas salpicadas de barro.

Cantik ayudaba a su familia a conservar este lugar como siempre lo habían conocido: si bien cada día iban llegando nuevos habitantes, siempre se las arreglaban para mantenerlo limpio, ordenado y acogedor. Para eso, sacaban la basura flotando en mitades de coco, convertidas en botes de desechos, que conducían por unas acequias hasta el centro de reciclado. Si bien ahí a veces el olor era fuerte, Cantik y sus amigos, se entretenían pisándolo todo hasta hacer una pasta que servía para que luego creciera más arroz en los campos. El problema era subir con los botes de coco a contracorriente, pero para eso pedían ayuda a las chicharras y langostas que con sus fuertes patas los lograban subir y vaciar en el terreno gredoso del arrozal.

En la noche las ranas más viejas contaban historias antiguas y Cantik las oía como hipnotizada; de alguna forma sentía que lo pasado le serviría en algún momento para el futuro y así iba atesorando todo en su verde corazón.

Al pasar los años, las cosas en el arrozal empezaron a cambiar muy rápidamente. La superficie de verde empezó a disminuir y con ello todo se empezó a distorsionar. Sus amigos de la infancia andaban como locos, corriendo y saltando conectados cada uno a una caña de bambú que les permitía –según ellos- estar comunicados con muchos otros habitantes del lugar. Cantik veía que ni se miraban ya las lindas caras de rana que tenían en los charcos que aún quedaban. Imitaban en parte a los “habitantes nuevos” que habían invadido el lugar trayendo sus extrañas costumbres y una forma de vivir que ella no lograba entender. Durante todo el día se oían ruidos de trabajos, de bocinas, de algo grande e incierto que parecía iba a acabar con todo. Los hombres de antes, a los que Cantik admiraba mucho por su tesón y alegría, se fueron escondiendo debajo de sus grandes sombreros de paja y ya parecían no verse hundidos en el poco barro que les iban dejando los nuevos habitantes para sembrar.

Llegó un día en que el asunto pasó a mayores ya que las calles de un barro duro y permanente, se apoderaron de todo. Llegaron medios de transporte que equivalían al tamaño de muchos cocos juntos y otros que echaban tanta basura que era imposible que el centro de reciclaje diera abasto. El lugar verde pistacho comenzó a verse salpicado de basura rara; no era de la que servía para el cultivo del arroz, sino sólo para que aparecieran molestos ratones y moscas. Igual a Cantik les gustaba saborear mosquitos, pero estos se le antojaban indigestos. Al final de cada tarde el arrozal se veía triste; el barro estancado y las acequias llorando por ver desaparecer su paraíso.

Cantik pensó –ingenuamente- que alguien haría algo. Si era evidente el daño que se estaba haciendo; era obvio que eso traería la muerte del arrozal y con ello, la muerte de todos. “Seguro los hombres –los nuevos o los viejos- harán algo”, se decía a sí misma cada noche cuando contemplaba su querida casa venirse a bajo. Sin embargo, cada día las cosas empeoraban; tanto así, que al pasar las nubes por ahí, siempre se ponían tan tristes que lloraban desconsoladas inundando el pavimento y las calles. Creían que estaban sucias y que con su llanto podría reaparecer el lindo verde pistacho de antes. Cantik temerosa que volviera a repetirse la historia de sus antepasados, le contó a las nubes lo que pasaba y decidieron intentar un plan de rescate. Cada vez que ellas pudieran, traerían todo el agua que pillaran en el mar y la dejarían caer en el arrozal para lavar las calles negras y hacer que brotara nuevamente el verde, mientras ella invitaría a todas las demás ranas a croar tan fuerte como le dieran sus delgadas gargantas para comunicarle a todos que había que convertirse y cambiar.

Al principio sus amigos se adhirieron con entusiasmo, pero al ver que nadie las tomaba en cuenta, fueron abandonando a Cantik y dejándola sola en su cantar. Fue ahí que recordó las historias de su abuelo y comenzó a cuidar su voz con almíbar de flores amarillas y con un macerado fermentado del arroz. Esto hizo más gruesa su potencia vocal y así, sin descanso, se puso a croar fuerte en el arrozal. Durante el día nadie la oía; había demasiado ruido de la “civilización de cemento”. Por eso, decidió que tenía que seguir en la noche. Alguien iba a oír el constante cantar de una ranita y darse cuenta de todo lo que iban a perder.

Día tras día y noche tras noche, Cantik cantó y cantó en el arrozal. No se detenía a descansar ni a comer; sólo su almíbar y el fermento de arroz. Las nubes tristes vieron que hasta el verde de la piel de la ranita empezaba a palidecer de tanto esfuerzo. Cada noche, sobre todo en las más oscuras, cuando ya todos caían rendidos de trabajar, escuchaban el canto de Cantik y comentaban irónicamente el vano esfuerzo que ella estaba haciendo. Algunos fueron a decirle que desistiera; los hombres nuevos le ordenaron callarse porque no los dejaba dormir; los hombres viejos, le suplicaban que se cuidara porque no la querían ver morir (ya estaba muriendo todo su verdor y no lo resistirían); sus amigos le dijeron que se había vuelto loca; los ratones y moscas no tuvieron vergüenza de reírse en su cara muchas veces. Pero aún así no renunció a su misión. Ella al menos, haría el intento de salvar el arrozal, un pedazo de él aunque fuera, para que no se perdiera el verde de la vida, la frescura del entorno, la bondad de los habitantes y la esperanza de la humanidad.

Cantik se daba cuenta que el impacto de su tremendo esfuerzo era más pequeño que el de un grano de arroz, pero no podía renunciar a él. Se sentía llamada; como obligada desde adentro a dar su vida por salvar el arrozal. Y fue así que un día de luna llena, Cantik dejó de cantar, no porque no quisiera sino que porque se le acabó la energía. La pequeña ranita estiró sus patitas, tomó el último respiro con olor a jazmín y se durmió para siempre. De su cuerpo nadie supo mucho. Dicen que su verde pistacho se fundió con el pedacito de suelo donde cayó y ambos se hicieron uno como envueltos en una cuna de amor. El arrozal recibió a su amada y fiel ranita y la cobijó para siempre en su verdor.

A la primera noche sin el cantar de Cantik, algunos habitantes notaron el silencio y se extrañaron. Al la segunda, las demás ranas se reunieron inquietas; algo faltaba en el arrozal. Ellas le comentaron a las garzas, a las chicharras, a los humanos viejos y estos a los nuevos. Y así a los tres días todos se dieron cuenta que algo grave había pasado y comenzaron a reaccionar. Si Cantik había muerto, a pesar de toda su fuerza y la convicción de su misión, qué les pasaría a ellos. Por primera vez se asustaron y entendieron la necesidad de cambiar y transformar sus costumbres para sobrevivir. Empezaron a recordar las canciones de la verde y pequeña Ranita, a comentar sus mensajes: Al parecer sí los habían oído cada uno, sólo que les había faltado el valor para unírsele. A pesar de que su canto había sido muy solitario y aparentemente estéril, su esfuerzo heroico

comenzó a dar los primeros frutos. Las ranas se organizaron para mantener limpias sus terrazas y le pidieron ayuda a los humanos viejos del lugar. Estos convencieron a algunos de los nuevos que se habían encantado con Cantik y su canto y así poco a poco se fueron sumando voces y fuerzas para conservar el bienestar del arrozal. Ciertamente el desafío era grande y supuso un esfuerzo constante de todos, pero lograron detener el avance del suelo de pavimento y las construcciones de cemento, conservando sitios sagrados para cultivar el verde y el preciado alimento del arroz. Las garzas pudieron volver a saltar felices por el barro y los cocos botes a trasladar basuras y abono por las acequias. Las chicharras le enseñaron el canto a las ranitas pequeñas y los ratones y las moscas encontraron su lugar fuera del arrozal.

Cantik, al igual que el grano de arroz, tuvo que morir para vivir y dar vida a todos los demás habitantes del lugar. Han pasado muchas noches y muchos días y todos siguen recordando la hazaña de la ranita que les cambió el destino a todos. No construyó nada grandioso ni edificó un imperio; es más ni siquiera supo si canto en el arrozal había servido de algo. Fue el misterio de la vida lo que hizo que ella pasara a la historia. Así sucede con los que aman de verdad y dan la vida por lo que creen. Afina bien tu garganta y no dejes de croar!!!

Nota: Cantik significa bonita en bahasa indonésico.